

**Ávila Bottía, Gilberto. *Grandeza de la civilización griega*. Tunja: Academia Boyacense de Historia, 2004. 394 páginas.**

**Darío Campos Rodríguez**

*Profesor Asociado*

*Departamento de Historia*

*Universidad Nacional de Colombia*

El autor nació en 1930, es profesional en ciencias jurídicas. A lo largo de su carrera profesional fue Diputado, Representante y Senador de la República de Colombia, Gobernador de Boyacá, Consejero presidencial, Miembro fundador del Parlamento Latinoamericano y Embajador plenipotenciario en la República de Polonia. Fue condecorado por el gobierno de Alemania con la Cruz de Hierro. Dentro de sus escritos están: *El alba de la civilización griega; Nuestra América y el Parlamento Latinoamericano*.

Teniendo presente que los temas relacionados con el estudio de las sociedades antiguas en nuestro medio son escasos, un esfuerzo para hacer presencia en esta área de investigación de la historia universal siempre será bienvenido. Este libro empieza con unos “Comentarios iniciales” conformados por breves acápites de aspectos tan variados como: La mitología y el culto de los dioses; La democracia; La filosofía; El esplendor artístico; y, por último, los motivos que impulsaron a escribir el libro. Propone una Introducción bajo el acápite “La Grandiosidad de Grecia: Comentarios acerca de las civilizaciones de la antigüedad”. En esta parte pretende “hacer algunos comentarios breves sobre la posible influencia que las civilizaciones egipcia, mesopotámica e hindú ejercieron sobre la formación del espíritu griego”; más adelante menciona también a China. Dividió el libro en dos partes. La primera se titula: “Renacimiento, evolución e incidencia de la cultura griega” y está compuesta por 13 capítulos; la segunda se titula: “La guerras médicas, el esplendor artístico de Grecia, el Siglo de Pericles, La guerra del Peloponeso y la Decadencia de Atenas” y se compone de 9 capítulos. Concluye el libro con unos Comentarios Finales y una Bibliografía e Índice. El libro está acompañado de mapas e ilustraciones.

Debido a la novedad antes mencionada, la publicación de este tipo de trabajos por medio de la Academia Boyacense de Historia llama poderosamente la atención y lleva a iniciar con entusiasmo la lectura del libro, en especial, con la expectativa de hallar en él un escalón más en la construcción historiográfica de nuestro país. Con todo, desde el inicio, el libro demuestra falencias que lo alejan definitivamente de ser un peldaño más.

Uno de los propósitos presentados al inicio del libro es “Despertar en el alma de las juventudes nobles sentimientos de veneración y aprecio hacia esos grandes maestros griegos, quienes nos enseñaron ... la ciencia ... la sabiduría y el arte. Ellos

fueron los creadores de la literatura, la filosofía, la historia, la democracia, la mitología y el teatro ... descubrieron a la razón como la virtud orientadora de los hombres ... nos señalaron una Conciencia Universal ... es decir a Dios” (p. 20). Esta orientación, así como múltiples referencias en el desarrollo de las 381 páginas del texto, deja entrever una tendencia marcadamente eurocentrista, que, si bien caracterizó a las investigaciones históricas del siglo XIX y a parte de las del siglo XX, ya ha sido ampliamente revaluada gracias al avance en investigaciones de otras civilizaciones antiguas a nivel mundial.

En este mismo sentido, el autor menciona en la introducción su deseo de “hacer algunos comentarios ... sobre la posible influencia que las civilizaciones egipcia, mesopotámica e hindú ejercieron sobre la formación del espíritu griego”. Sin haber precisado a cuál o cuáles civilizaciones se refiere –pues en la región de mesopotamia existieron varias–, afirma sin la debida argumentación que las civilizaciones que “precedieron” a los griegos “no lograron llegar a los niveles de sensibilidad estéticas, de reflexión intelectual y de inspiración mitológica como la patria de Homero”(p. 21). Algunas páginas más adelante la falta de articulación queda evidente cuando resalta la monumentalidad egipcia: “en pintura fueron los mejores artistas” (p. 26).<sup>3</sup> El problema continúa profundizándose más adelante con planteamientos respecto al pasado de Egipto: según el autor, está compuesto de “innumerables ... acontecimientos” “que ninguna pluma humana podría recapitularlos”. Son numerosísimos los trabajos fundamentados en este apasionante campo de la egiptología; entre muchos basta revisar el breve “Comentario bibliográfico” realizado por Trigger G, Kemp B.J. O’Connor D. y Lloyd A.B. en *Historia del Antiguo Egipto*, editado en español por Crítica en 1997. Inclusive, el historiador alejandrino Manetón del siglo III a.C. ya había escrito una historia de Egipto.

En cuanto a la “posible influencia” de civilizaciones de Mesopotamia, la argumentación es poca y numerosas son las imprecisiones históricas: sin la debida argumentación concluye que, la propiedad privada se originó por la “estabilización de esas tribus (acadios, no menciona a los sumerios) en la cuenca de los dos ríos”, no ubica espaciotemporalmente a los asirios; emparenta a los caldeos con los amorreos atribuyendo a los primeros el Código de Hammurabi, cuando éste fue amorreo; por otra parte, los caldeos son semitas, familia de los arameos del I milenio a.C., algo más de mil años después de Hammurabi. En síntesis, no demuestra con claridad la influencia de estas civilizaciones sobre los griegos.

Ya en la primera parte del libro, encontramos inconsistencias de carácter histórico y metodológico, especialmente en el manejo de fuentes. Sin haber desarrollado el proceso histórico de la Grecia antigua se propone abordar un Renacimiento (sic), como también una “incidencia de la cultura griega”, aspecto que finalmente no se aclara en toda esta parte. Afirmar que Homero “había dicho” que junto a la civilización cretense floreció en el continente otra menos avanzada,

no es procedente, pues en su obra el poeta no expone el asunto en esos términos; con todo, es importante aclarar que Ávila Bottía no cita la fuente de dicha aseveración. Produce desconcierto la combinación de conceptos anacrónicos, como por ejemplo, que los dorios “Tenían una organización de feudalismo guerrero”(p. 46); así mismo cuando afirma que los reyes micénicos habían establecido un “régimen absolutista”(p. 64); o que los espartanos emprendieron las guerras por “problemas de espacio vital”(p. 70); esta última expresión política acuñada en el discurso nazi de los años 30-40 del siglo XX.

El autor aborda el origen de las polis y los regímenes políticos a la luz del ideal social de libertad e igualdad, propio de los pensadores europeos de siglo XIX. Con todo, es fundamental tener presente que los griegos antiguos, en particular los atenienses, no los consideraron en este mismo sentido, como lo da a entender el autor. En el caso de la democracia griega, por ejemplo, el autor afirma que fue un régimen que se fundamentó en la “solidaridad humana”, “además la democracia presupone el rechazo a la esclavitud”, “tiene la virtud de consolidar la paz”, respeta “siempre el derecho de los demás”. Es necesario tener presente que fuentes como *La Política* de Aristóteles o *La Republica* de Platón, suponen la existencia de la esclavitud inserta en las áreas de trabajo pesado, la servidumbre y la vigilancia, entre otros. De igual forma, el período de la democracia en Atenas fue de gran agresividad militar, por el deseo de expansión y dominio de otras polis en la región, como lo cuenta Tucídides.

Por otra parte, si consideráramos que los regímenes políticos se configuraron según la “composición interna de sus miembros”, es decir, “si la mayor influencia la tenían los aristócratas, el gobierno sería aristocrático: si por el contrario la mayor influencia la tenía el pueblo ... el gobierno sería democrático. Si ... la polis votaba para que un hombre la gobernara, el gobierno sería tiránico”(p. 66); estaríamos ignorando el papel sustancial que desempeñaron las luchas políticas y sociales de este colectivo, reflejadas y estudiadas en fuentes primarias de autores como Isócrates y Demóstenes. De otro lado, la presentación de los reinos asiáticos como pueblos inferiores que “no obedecían a las leyes, sino a déspotas y tiranos”(p. 46), merece matizarse al lado de investigaciones en torno al III-II milenio a.C. en Asia en las que se ha identificado la existencia de numerosos códigos jurídicos recopilados en el Código de Hammurabi, en la Leyes Hititas y otros más.

La desarticulación del libro *Grandeza de la civilización griega* lleva a que en la primera parte el autor presente por separado algunas ideas sobre aspectos culturales y filosóficos del siglo V y IV a.C., y luego, en la segunda parte del libro, presente un acápite titulado “La Edad Clásica de Grecia”, en el que aborda solo las Guerras Médicas, dando a entender al lector desprevenido que el período denominado clásico de la cultura griega corresponde exclusivamente a la guerra.

En esta segunda parte del libro, que aborda el proceso histórico de Grecia antigua hasta la ascensión de Macedonia, la ligereza o la ausencia de argumenta-

ción también está presente. Ejemplo de ello es la afirmación de que los filósofos griegos propusieron la existencia de un universo ordenado gobernado por una Conciencia Universal que, “mirada con un criterio monoteísta, era el Dios de los hebreos”(p. 169).

Numerosas son las imprecisiones históricas que no voy a empeñarme en enumerar. Lo que sí es relevante mencionar es el valor de fundamentar adecuadamente, con las fuentes primarias pertinentes, un análisis histórico y cultural. Un diccionario enciclopédico no es relevante para analizar, como lo hace Ávila Bottía, el pensamiento de filósofos como Platón; y una novela histórica contemporánea, como *Pericles el ateniense* de Warner Rex (Edasa, 1989), no es pertinente para citar un texto que el filósofo Anaxágoras jamás escribió (pp. 218-224) y valorar la victoria o describir al ejército persa.

En los capítulos finales del libro, el autor aborda la crisis de las polis griegas hasta el surgimiento del estado macedonio. En este proceso de crisis en las polis, el libro no da cuenta de los asuntos relacionados con las luchas políticas internas, las luchas por la hegemonía regional, y la injerencia de Macedonia en los asuntos internos de las polis. El autor concluye que los macedonios tenían origen común con los aqueos, cuando éstos en realidad, como lo ha demostrado la arqueología y los mismos textos antiguos, fueron agrupaciones totalmente distintas desde la lengua hasta las costumbres. En síntesis, el período helenístico no fue tratado.

En la parte final del libro, titulada “Comentarios Finales”, el autor realiza un recuento breve y general de lo tratado. Aunque las dimensiones históricas y culturales de los temas abordados son bastante amplias, la bibliografía es breve y suministra incompletos los datos de editoriales y años de las ediciones.

En conclusión, el libro *Grandeza de la civilización griega* del Gilberto Ávila Bottía no es recomendable para “Despertar en el alma de las juventudes nobles sentimientos de veneración y aprecio hacia esos grandes maestros griegos”. La obra, como fuente de conocimiento de la cultura griega antigua, aporta poco y puede conducir a la equivocación e inexactitud en el estudio de las civilizaciones antiguas.